

LA NOVELA  
SEMANAL CINEMATOGRAFICA  
MODERNA  
EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: **Francisco - Mario Bistagne**  
Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18551

AÑO X BARCELONA N.º 548

## Libertad condicional

Intrigante asunto, interpretado por Lois Wilson y Lawrence Gray



Producción Columbia

Exclusiva de

## Renacimiento Film

Aragón, 249

## BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
LUPE VÉLEZ

# Libertad condicional

## *Argumento de la película*

El joven Larry, después de tres años de cárcel, iba a conocer al fin las alegrías de la libertad.

Las malas compañías le habían hecho alejarse del camino honrado. Había intentado el asalto a un Banco, y, frustrado su plan, fué el único entre sus camaradas que no pudo huir. Durante tres largos años purgó su delito en la soledad de una prisión.

Sin embargo, su buena conducta, su falta de antecedentes penales, una porción de circunstancias favorables, habían inclinado el ánimo de los directores de la prisión a rebajarle el resto de la pena. Le faltaba un año por cumplir y durante

este lapso de tiempo iba a gozar de libertad condicional.

—Le fijamos como residencia la ciudad de Edwon con la obligación de presentarse todos los meses al juez hasta la total extinción de la



—Y esperamos no tenga que volver nunca por aquí.

pena. Y esperamos no tenga que volver usted nunca por aquí—le dijeron.

—Es mi mayor deseo—respondió el recluso.

Y una hora después, libre ya, se encontraba Larry en la estación. En el momento en que iba a tomar billete para Edwon, unos hombres le llamaron. Reconoció en ellos a sus antiguos cóm-

plices. Al punto quiso huir de su compañía, pero le cogieron por un brazo.

—Vamos... ¿Es que ya rechazas nuestra amistad? Bien sabes tú que no fué culpa nuestra que te detuvieran, y que más de una vez hemos querido ayudarte en tu evasión, pero tú te has negado siempre...

—Deseo vivir honradamente en lo sucesivo—respondió.

—¿Y a dónde te dirigías?

—Gozo de libertad condicional por un año, pero he de permanecer en la ciudad de Edwon.

—Edwon es un pueblo muerto donde perecerás de hambre. Ven a Nueva York—le dijo el jefe.

—¿Para que me cojan otra vez?

—En Nueva York podrás ganarte la vida... honradamente, si tal es tu capricho... Todos los meses puedes presentarte al juez de Edwon hasta extinguido el plazo.

—¿Y si se enteran de que no vivo allá?

—Tú das una dirección falsa y mientras te presentes todos los meses, no les interesará averiguar lo demás. Nueva York es la vida para un hombre joven. No la desaproveches.

Aun permaneció Larry dudando acerca de la que más le convenía, pero como era un temperamento débil, veleta que se movía a la voluntad de los demás, varió su itinerario y compró un billete para Nueva York.

Y al día siguiente en compañía de sus antiguos compinches llegaba a la gran ciudad de la libre América.

Eso sí; desde su llegada se negó rotundamente a las invitaciones que le hicieron sus camaradas para reanudar la vida al margen de la ley.

No quería saber nada de negocios, no quería volver a reincidir y a que lo metiesen en la cárcel.

—Pues un día u otro, has de venir—le respondieron—. Y siempre te recibiremos con los brazos abiertos.

—Amigos, pero no compañeros de delito—les explicó—. No contéis conmigo para vuestros asuntos.

Y con una gran tenacidad se dispuso, desde el día siguiente al de su llegada a buscar trabajo en una ciudad donde diariamente hay centenares de vacantes y millares de sin trabajo que reclaman ocupación.

\* \* \*

Su labor había sido infructuosa. Ni una mañana cesó de presentarse en los sitios que indicaba el periódico, pero era una verdadera lotería el conseguir un empleo entre los innumerables solicitantes. Y los días pasaban y para sus necesidades materiales tenía que gastar Larry sus últimos ahorros.

¿Qué haría cuando éstos se hubiesen agotado? Si para ese momento, tan próximo ya, no había obtenido un empleo, ¿cómo vivir y permanecer en una gran ciudad donde todas las cosas hay que abonarlas al contado?

Un día en que más desesperado se encontraba,

entró en un modesto restorán y tomó una pequeña colación.

Se dirigió a la caja para pagar y dejó sobre el mármol del mostrador una moneda de un dólar.

La cajera, una muchacha guapa, de grandes y apasionados ojos, examinó la moneda y le dijo:

—Esta pieza es falsa, joven.

—Falsa? ¡Es verdad! No me había dado cuenta—exclamó sinceramente.

Buscó en sus bolsillos e hizo un gesto de tribulación.

—Pues no llevo otra. Perdone, señorita... Estoy sin trabajo y...

—¿Por qué no lo busca usted?

—No paro de hacerlo en todo el día, pero inútilmente.

—Lo siento. Y ¿qué vamos a hacer ahora?— indicó la muchacha mirando el ticket con el importe de la modesta comida.

—Hágame usted detener... Carezco de todo bien... No puedo decirle otra cosa.

La cajera le contempló con una dulzura cariñosa que emocionó profundamente a Larry, avezado a los ojos agresivos o simplemente indiferentes de la gente... Por primera vez hacía muchos años, alguien le contemplaba sin malicia o sin desprecio...

—No, no quiero perjudicarle—explicó la dependienta—. Por esta vez pagaré yo de mi bolsillo particular el importe de la cuentecilla. Cuando usted pueda, me lo devolverá.

—Señorita, gracias, pero yo no debo consentir...

—¡Bah! No se hable más de ello.

E ingresó en la caja registradora la cantidad adeudada por el cliente.

Larry, acostumbrado a los malos tratos de la vida, pues era huérfano desde pequeño y siempre



—*Esta pieza es falsa.*

le habían acogido manos mercenarias, no podía reprimir su satisfacción.

—No sabe cuánto le agradezco lo que usted ha hecho por mí, señorita... ¿Me quiere decir su nombre?

—Julia Smith.

—Yo me llamo Larry y mi gratitud no se olvidará tan fácilmente.

—¡Si no vale la pena!

Tuvo Julia que atender a otros clientes, y Larry, después de sonreír cariñosamente a la cajera, salió del establecimiento con un optimismo mayor, más fecundo que nunca... Era como si una estrella hubiese aparecido en su camino para señalárle la ruta.

Desde aquel instante pareció como si su vida se iluminase. Volvió a sentir que renacía a la fe, sintió de nuevo a su alrededor el aura de la esperanza. Y con mayor optimismo reanudó la tarea de buscar trabajo.

\* \* \*

Parecía como si Julia le hubiese traído la buena suerte, porque al día siguiente encontró colocación.

A la otra semana, después de haber cobrado su jornal, Larry volvió al bar.

Parecía otro hombre. Se había comprado un traje elegante y un sombrero de fieltro. Una sonrisa optimista se dibujaba en sus labios.

—Vengo a devolverle el importe de mi cuenta. Me recordaba la conciencia de tener esta deuda.

—¡Figúrate! ¡Tan grande! ¿Pero ha encontrado usted empleo, Larry?

—Al otro día de haberla visto a usted. Es usted mi mascota, la buena estrella que me sigue.

—Bah! ¡Casualidad simplemente!

—Más que casualidad me parece que es el

destino el que me lleva hacia usted. Todo me sale bien desde que la conozco. ¡Estoy tan contento!

Ella sonreía, encantada de la ingenuidad del mozo, de su reír amable y digno...

Pero la presencia de nuevos clientes interrumpió la conversación, y Larry tuvo que retirarse, pues el encargado del bar le miraba con alguna hostilidad viendo que distraía a la empleada.

Para poder permanecer allí, Larry tomó varias tazas de café, yendo cada vez a entregar su importe a Julia y dándole ello ocasión de hablar con la niña de sus pensamientos.

Al cabo de un rato llegó otra muchacha que iba a substituir a Julia en su turno.

Larry suplicó ardientemente a su protectora:

—¿Quiere venir conmigo al Luna Park? Nos divertiremos de lo lindo. Hay allí maravillosas atracciones.

—No me es posible—respondió Julia, sonriente—. Estoy esperando a mi novio y he de marcharme con él.

—Pero usted tiene novio?—exclamó, desolado—. Entonces... ¡yo he llegado demasiado tarde!

—No se preocupe! Yo no soy mujer para hacer feliz a ningún hombre. Tengo demasiada ambición.

—Pero del hombre con quien se va usted a casar, no pensará lo mismo.

—Ni yo mismo me conozco a veces. Aun dudo si quiero o no realmente a Brady, mi novio. Es un empleado de banca y me temo que, a su lado,

mi vida sea monótona y estrecha. ¡Y yo he soñado tantas veces con una posición mejor!

Larry se sintió repentinamente triste. Había deseado ser el novio de esta muchacha, y ahora ella le indicaba que estaba comprometida... Pero sintiéndose valiente, amparado por otra parte por las frases de Julia de que no sabía si amaba o no a Brady, insistió meloso para que ella le acompañase al Parque de Atracciones.

En aquel momento llamaron al teléfono. Julia se puso al aparato y oyó la voz de Brady.

—Julia, amor mío, perdona, pero no puedo ir a buscarte. Tengo un trabajo extraordinario en la oficina que me ocupará más de media noche. Me lo pagan bien y ahorro con la esperanza de casarme pronto.

—¿No podrías dejarlo para mañana?—repuso contrariada.

—Imposible, Julia...

—Me resignaré a quedarme en casa.

—Algún día recogeremos el fruto de esos sacrificios, ¿verdad? ¿Pero no me contestas?

—Sí, hombre, sí... Adiós... No te cances demasiado—contestó colgando el aparato y dando muestras de mal humor.

Tenía que ir al baile con Brady y aquella ausencia desbarataba todos sus planes. Y total, ¿para qué? ¡Para ganar un poco más de miseria! Miseria al fin, pues no iban a salir por ello de apuros.

—¿Está usted libre?—preguntó Larry con gran interés.

—Sí... pero dispóngase... Prefiero ir a casa... Me siento un poco fatigada.

El encargado de la tienda la llamó para hacer entrega del resumen de caja.

Julia se despidió precipitadamente de su amigo entrando en el despacho de la administración.

Larry no cejaba en sus anhelos de conquista. Aguardó a su amiguita a la puerta de la calle.

—¿Aquí usted otra vez?—comentó ella al verle con su sonrisa ingenua.

—Esperando que acepte mi invitación.

—¿No le he dicho que no?

—Pobre importuno...

Y tanto insistió, que al fin ella, a quien tampoco le venía mal una alegre noche en el ambiente fantástico del Luna Park, accedió a sus repetidos deseos.

Pasaron unas horas inolvidables. Julia parecía haber olvidado su contrariedad y se entregaba cariñosamente a la alegría contagiosa de la feria. Subieron a los caballitos, a las montañas rusas, al tobogán. Tomaron pastelitos, bebieron cerveza, saborearon bombones. Eran como unos enamorados más, entre los innumerables que poblaban las frondas del parque.

Bien se cansaba Larry de balbucear al oído de Julia frases tiernas y delicadas. Ella se reía echando la cabeza atrás en una actitud franca y burlona.

—¿De veras está usted enamorada de su novio, Julia?

—¿Me va usted a hacerme repetir lo que ya le dije? Somos novios... casi sin darnos cuenta...

Mi madre y la madre de Brady eran muy amigas y ellas mismas concertaron el noviazgo... Brady es un chico débil que se deja guiar por los consejos de "su vieja"... Yo tampoco sabía negarme a lo que decía mi podre mamá, que ya



—*¿De veras está usted enamorada de su novio, Julia?*

murió... Y por eso seguimos nuestras relaciones, pero, como ve usted, son unas relaciones impuestas...

—Pero eso no es amor, eso no puede serlo nunca... El amor es de una independencia salvaje. No necesita ni quiere la colaboración de los demás; nace espontáneamente al halago de una

doble mirada, a la coincidencia de una conversación. Como el que yo siento por usted, Julia, un amor como nunca lo he sentido en la vida.

—¡Qué romántico es usted! ¿Por qué soñar ni perder tiempo en lo que no ha de ser nunca? —contestó con una crueldad casi inconsciente de niña mimosa que hace daño sin saberlo.

—¿Nunca, nunca habrá para mí una esperanza? Se casará usted con Brady y yo...

—O no me casaré con nadie... a menos que... —exclamó bajando los ojos como si se diera vergüenza de definir la intimidad de sus sentimientos— a menos que encontrara un hombre que me pudiera proporcionar todas las cosas que yo ambiciono.

—¿Qué ambiciona usted? Digámelo y pondré el mundo a sus pies.

—Cálmese, cálmese! Yo necesito lujo, joyas, vestidos nuevos, ostentación, todo lo que ni usted ni Brady pueden darme...

—¡Por usted sería capaz de cualquier locura!

—No diga eso... y procure olvidarme. Cásese con una muchacha que no tenga mis ideas descabelladas, que se conforme con su pobreza dorada, que no sienta latir dentro de sí la fiebre de la rebeldía. Yo soy una enferma... una enferma de ambición...

—No me vuelvo atrás en lo que he dicho... Robaría, estafaría, haría cualquier disparate para que usted lo tuviera todo.

—¡Oh, no... no!... ¡Qué tonterías estamos diciendo! Vamos, no sea niño.

En vano Larry repitió sus conceptos ardientes, desesperados. Ella no dió su brazo a torcer.

Regresaron a media noche. Larry la acompañó hasta la puerta de su casa y aun allí insistió en sus promesas.

—Mejor es que me olvide—le contestó ella—. Además, fíjese que estoy prometida con Brady.

El se dió por vencido.

—Perdone usted, no la molestaré más, pero tampoco sabré olvidarla.

Con una melancolía indecible se fué alejando de la casa.

Julia le contempló con compasión. ¡Pobre muchacho! Y era simpático, era audaz, tenía un temperamento de fuego... Casi le gustaba más que Brady, llama sencillamente burguesa, enemiga de lo imprevisto, y una de esas almas que creen que el porvenir no ofrecerá ningún misterio y será pausado y tranquilo como el pasado.

También ella gustaba de emociones... y para eso aquel Larry hubiera sido el ideal... Pero, no, imposible relacionarse con un muchacho pobre, sin otro ingreso que su mísero sueldo, al borde siempre de la escasez. Ella amaba las joyas, el esplendor, lo que pueden comprar los hombres ricos...

\* \* \*

A pesar de sus promesas de no volver a importunar a Julia, Larry estuvo varias veces en el bar y pretendió acompañarla.

Pero tuvo que retirarse al ver que Brady la

esperaba en la puerta y que los dos marchaban, cogiditos del brazo, como los mejores enamorados del mundo.

¡Ah! ¡Cuánta insinceridad se encierra a veces entre las promesas le amor! Larry seguía a la pareja lentamente y le parecía imposible que aquel hombre pudiera creer en las palabras falsamente cordiales de la muchacha. Ella sólo quería dinero para gastarlo, y aquel empleado de banca no podía darle otra cosa que su sueldo.

Los días en que Brady no iba a buscar a su novia, Larry procuraba hacerse el encontradizo con ella, pero siempre con idéntico y negativo resultado.

No. No había que pensar en amor. Era imposible. Amigos y nada más. ¿Para qué buscar complicaciones en la vida?

Una noche Larry vagaba ante la casa de la deseada. No había podido ir a la tienda por haber salido tarde de su oficina. Pero era sábado y tenía una misteriosa esperanza de encontrarla... Y, en efecto, Julia salió de la casa, pero con Brady, que había ido a buscarla momentos antes. Los dos se perdieron por los paseos iluminados para proseguir lo que Larry llamaba una farsa de amor.

Mientras contemplaba tristemente a la pareja que se alejaba, se le acercó Molly, una hermosa muchacha, artista de cabaret que vivía en la habitación vecina a la de Julia.

—¿A quién espera usted?—le preguntó con amabilidad—. ¿Acaso a Julia?

—La esperaba... pero se ha marchado con otro.

—Su novio, seguramente. ¿Por qué pierde usted el tiempo con las mujeres comprometidas?—le dijo alegremente.

—Por nada... Pero uno se aburre en la ciudad y siempre busca una compañía.

La sonrisa de Molly se hizo más audaz. Molly era una muchacha casquivana e inútil, muy amiga de las aventuras galantes.

—¡Qué casualidad! Yo me aburro también como una tonta. ¿Quiere usted acompañarme al cabaret? Allí nos distraeremos. Habrá baile... Verá usted lo bien que se pasa el rato...

Dudó Larry, pero fatigado en efecto a causa de la soledad que en Nueva York le sobrecogía, aceptó la compañía de la artista.

Fueron al cabaret, pero a la media hora se arrepentía de haber aceptado. ¡No... no!...

El necesitaba, efectivamente, compañía, pero no de una simple mujer...

Y no volvió a verla más.

Días después ocurrió un grave incidente en el transcurso de la vida del pobre Larry.

Una tarde le llamó su principal y en muy buenas formas pero de un modo irrevocable también, le participó que se hallaba despedido.

—¿Por qué?—preguntó el joven, desolado, viendo de nuevo ante sí el espectro de la miseria—. ¿En qué he faltado? ¿No está usted satisfecho de mis servicios?

—Sí... sí... es usted un excelente empleado... pero por casualidad me han dado informes su-

los... he sabido que usted estuvo una temporada en la cárcel.

—Me he regenerado.

—Lo creo, mas por el buen nombre de mi casa he tenido que adoptar tal determinación. Lo siento de veras, lo siento, pero yo no puedo tener un antiguo presidiario. Pase por caja a cobrar su asignación.

Y de esta manera tan sencilla, Larry se vió en medio de la calle.

Y otra vez en busca de colocación... y otra vez sin hallarla. Y ahora sin fe y sin esperanzas de la estrella amparadora del camino.

Julia se negaba a quererlo, y él, era en esta ciudad un hombre desorientado, material de cera para cualquier postura que se le ocurriese al destino.

Un día encontró a sus antiguos amigos. Le invitaron a beber, le plantearon de nuevo varios importantes negocios en los que no habría ningún peligro y con los que podría hacerse una fortuna.

Se negó a escucharles. Quería ganarse la vida honradamente. Pero volvió una y otra vez a reunirse con sus camaradas y éstos iban infiltrándole lentamente la devoción por su antigua vida de aventurero.

Era un loco en pasar miseria pudiendo vivir bien como un gran señor. Una hora de dificultad, de peligro, de atrevimiento, y luego toda una temporada de esplendor, de vida de millonario.

Se trataba de asaltar un gran establecimiento

y contaban con su ayuda. No habían olvidado que Larry sabía abrir bien las cajas de caudales. Debeían su colaboración y se la pagarían bien.

Larry dudaba. La honradez de sus últimos tiempos se había adherido a él, pero iba desapareciendo ese velo para dejar al desnudo su espíritu inmoral de otros días.

Además, ¿por qué no decidirse de una vez a robar? Tendría dinero... y estaba seguro de que si Julia le veía rico, accedería a su amor, y se casaría con él... Pero, no... no... Julia, a pesar de sus ligerezas, era una mujercita honrada, y le repugnaría deber su felicidad a un acto ilegal contra el que pudiera caer siempre el imperativo de la justicia.

Se ahogaba en la incertidumbre. Bebía, bebía abundantemente para buscar una solución a su problema... Diariamente sus ideas se embrollaban y, bajo la fiebre del alcohol, sólo pensaba en desatinos.

Su situación se hacía alarmante. Carecía de dinero y si tenía alguno era el que le daban sus amigos con la esperanza de convencerle definitivamente para su causa.

Un día salió medio borracho de un café. Los pasos, instintivamente le llevaron a la casa de Julia, la ambiciosa mujer por la cual él dudaba en volver a la vida de ladrón.

No se atrevió a subir e iba ya a pasar de largo, avergonzado de que su amiga le viera en aquel estado, cuando quiso el destino que Julia llegara en aquel instante.

—¡Larry! —le dijo alegremente sin poder di-

simular su satisfacción al verle, pues en los días de ausencia había ido llenándose de su recuerdo de una manera extraña, furtiva, en silencio, como lo hace siempre el amor.

—¡Julia! —balbuceó él.

Entonces a la luz eléctrica se dió cuenta la muchacha de que su amigo se tambaleaba.

Volvía a parecer el hombre derrotado de cuando le conoció. Iba sucio, mal vestido, arrugado.

Estaba lloviendo, y Julia, compadecida de él, le hizo entrar un momento en su casa.

—Usted ha bebido —le dijo—. Usted no es el mismo hombre de antes. ¿Qué le ocurre? ¿No me quiere contar sus penas?

—Sí... he bebido un poco —respondió lentamente—. Empleo en esto mis últimos dineros: en beber.

—¿Sus últimos?... ¿No trabaja ya?

—Me despidieron. Nada hay seguro para mí.

—Daría usted algún motivo para ello...

—Sí. Lo dió mi pasado.

—¿Su pasado?

—No se lo quiero decir... no puedo —exclamó mientras seguía balanceándose como un péndulo.

Picada por la curiosidad, ella dijo:

—Necesito que me lo explique. Me interesan sus cosas... créalo... Adivino en usted a un hombre interesante.

—Me prometí no decirlo nunca a nadie... pero hoy... no sé... no quiero guardar secretos de ninguna especie. Además, esta noche, me sien-

to propicio a las confidencias... y usted lo merece todo... todo...

—Hable de una vez.

—Yo he estado en la cárcel durante tres años... Ahora gozo de libertad condicional, pero me volverán a encerrar el mejor día... No me importa... Al parecer, un hombre no puede ser honrado... Yo quise serlo, y mi principal, por haberse enterado de mi conducta pasada, me ha puesto de patitas en la calle... Estoy sin trabajo... y hay que ganar dinero... pase lo que pase... sea como sea... Yo lo ganaré, sí, lo ganaré para darlo a los que lo quieren, a los que lo ambicianan... A usted, a tí, Julia, que necesitas lujo, riqueza. Mis manos crearán para ti una fortuna.

Hablabía exaltadísimo, de una manera agresiva, acentuada por el abuso del alcohol.

Ella sintió honda sorpresa y miedo ante aquellas confidencias. Aquel hombre tenía una historia negra. Pero sin que pudiera analizar suficientemente la causa, le inspiró compasión, un sentimiento de piedad y de gran interés.

—Vamos, Larry... no hay que hacer tonterías. No beba más... y dedíquese a buscar trabajo. Lo encontrará, no lo dude.

—El trabajo como hasta aquí no me interesa. ¡Yo te quiero!—exclamó cada vez con mayor exaltación—y la única manera de que me ames, es dándote dinero, mucho dinero! Yo lo conseguiré para ti... Debes dejar a Brady... no serás feliz con él.

—¡Por favor, Larry!

—Te quiero! ¡Te quiero!

La abrazaba contra su corazón y sus labios besaron los suyos. Fué aquella caricia para Julia como una extraña sensación nunca conocida hasta entonces.

La imagen de Brady se desdibujó por completo de su imaginación. Durante unos instantes permanecieron abrazándose, mirándose tiernamente con el silencio de las grandes emociones.

Pero Julia pareció volver pronto a la realidad y dijo:

—¡Qué locura! Váyase usted... y no piense en mí. Yo soy de Brady... y no puedo pensar en otro amor... Estoy ligada a él. Olvideme... y no quiera nunca cometer ninguna locura por mi causa.

—La cometeré... Te daré lo que ambiciones... Te amo demasiado para perderte.

—¡Oh, no, no! ¡No podrá conseguir nada de mí! ¡Váyase!

Larry, como si hubiese tomado una súbita resolución, abandonó rápidamente la casa, y Julia quedó largo rato inmóvil, como en extraño éxtasis, aturdida por distintas emociones.

¿Le amaba ella también? Ya no lo sabía, ya no podía discernirlo claramente. Pero el nombre de Larry la hacía palpitá más intensamente que nunca lo había hecho el de Brady, el hombre sosegado y apacible, cuya vida monótona era, sin embargo, una garantía de permanente felicidad.

Pero Julia, como muchas mujeres, se sentía deslumbrada por lo enérgico y pasional y no podía reprimir un dulce sentimiento hacia la persona de aquel hombre que, ¡oh, terrible ho-

rror, había estado en la cárcel, pero la amaba hasta ser capaz de cualquier locura...

\* \* \*

Julia llevaba más de una semana sin ver a Larry. ¿Qué habría sido de ese muchacho loco? Y dispuesta a no volver a pensar en él, durante los últimos días había pretendido acentuar su amabilidad con Brady, pero por contraste cada vez le parecía menos interesante ese cariño impuesto por la conveniencia familiar.

Un sábado por la noche Julia rogó a su novio que la acompañase a ver un cabaret.

El sonrió ante esta petición, y como tampoco conocía lo que era un establecimiento así, se dispuso a ir él por primera vez.

Fueron al cabaret "Rosa de Plata". Había una gran concurrencia. Mujeres elegantes, hombres de smoking o frac.

Para Brady y Julia todo aquello tenía el encanto de lo desconocido.

De pronto, Julia vió con la mayor emoción a Larry que iba vestido de frac y estaba en una mesa lejana hablando con varios hombres.

Su corazón palpitó violentamente. ¿Qué hacía allí aquel muchacho? ¿Cómo eran posibles aquellas transformaciones, aquellas raras metamorfosis que pasaban de la pobreza al esplendor, a la abundancia?

Una idea repentina la hizo sonreír y dijo a Brady:

—Allí está un amigo mío del café... ¿Qui-

res que le llamemos? El nos explicará cosas muy interesantes de cabaret...

—¡Qué capricho!

—Vamos, no te opongases...

—Llámale, si tal es tu gusto.

Julia advirtió a un camarero y éste fué a transmitir el recado a Larry.

El antiguo derrotado pareció sorprenderse mucho al ver a Julia, y después de cambiar unas palabras con sus amigos, se dirigió hacia la mesa de la muchacha.

Julia, sonriente, presentó a los dos hombres. Brady, espíritu realmente sencillo, estrechó la mano de Larry sin sospechar que éste pudiera ser su rival.

Larry tomó asiento. Fumando indolentemente un cigarrillo miraba burlón a la mujer.

—¿Cómo han venido ustedes aquí?—les preguntó.

—Caprichos de Julia—explicó Brady, sonriente—. Deseaba conocer lo que era un cabaret.

—Han buscado ustedes un sitio lujoso.

—Larry, ¿viene usted aquí con frecuencia?—preguntó Julia adivinándose en su pregunta la idea de conocer el paréntesis de aquella temporada de ausencia.

—Bastante. Vivo en la misma casa, en el piso de arriba. Ahora soy un hombre de porvenir.

Su voz era amenazadora. Julia sintió un profundo malestar. ¿En qué líos andaría metido aquel hombre?

—A todos nos preocupa el porvenir—dijo

Brady, inocentemente—. Yo estoy empleado en un Banco y mi único deseo es ascender.

—También yo deseo entrar en un Banco... y entraré. Estoy decidido—dijo con rara entonación—. Es la única manera de ganar dinero, ¿no opina usted así, Julia?

—¡Oh, claro!...

Se hallaba turbadísima. Le parecía que aquellas palabras encerraban una amenaza, un propósito siniestro.

—Hay que ganar dinero... mucho dinero... Las mujeres lo quieren... necesitan lujo... Yo se lo proporcionaré...

Julia temblaba. Le parecía que aquel hombre la estaba acusando con sus palabras. No olvidaba que Larry había estado en la cárcel a causa de un delito de robo. ¡Oh! ¿Es que acaso pretendía repetir la hazaña? ¿Y no habría sido ella, ella la que con sus anhelos de ambición habría hecho prender en la mente de Larry el fuego de las malas acciones?

—Conque está usted enamorado ¿eh?—dijo Brady.

—Mucho. Adoro a una mujer por la que sería capaz de perderme. Y me perderé si llega el caso.

—No le conviene, entonces, tratar con ella.

—¿Qué sabe usted lo que me conviene? Es una criatura que usted consideraría ideal. Vaya, buenas noches. Mis amigos me llaman... Me están hablando de la manera de entrar en el Banco.

Se alejó bruscamente. Brady hizo un gesto de extrañeza.

—Parece muy raro tu amigo... ¿De qué le conoces?

—Es un cliente del café... Es algo extraño, en efecto.

La invadía una inmensa preocupación. ¿Qué querrían decir aquellas palabras “Entraré en el Banco”? ¿Es que acaso iba a robar? ¿Por una mujer? ¿Por ella? ¡Qué horror, Dios mío, qué horror! No podía consentirlo. Había que salvarle.

Se encontraba mal y rogó a Brady marchasen de allí. Salieron. Ya en la puerta, Larry le hizo una mueca burlona. Ella sintió que las lágrimas se agolpaban a sus ojos.

Aquella gente con la que estaba Larry ¿no sería la que llevaría a éste a la perdición?

Estuvo nerviosa todo el resto del camino. Al llegar ante su casa, no quiso que Brady la hiciese compañía y le despidió alegando dolor de cabeza.

Pero apenas se vió sola, los pensamientos acerca de Larry la atormentaron con mayor fuerza y energía.

Aquel hombre iba a hacer una gran locura... Repentinamente sintió horror de sí misma y le pareció estar curada de aquel afán de riquezas que había constituido todo su íntimo anhelo.

¡Pobre Larry! Había que salvarle fuese como fuese... Paseó la mirada por la habitación, y aquellas paredes le evocaron la escena vivida allí

días antes cuando el joven la besó apasionadamente.

¿No se le había clavado el beso aquél en el alma? Lo sentía aún como una brasa encendida... Le quería, ésta era la verdad. La consecuencia de su lucha interior, era un amor verdadero hacia aquel hombre.

Quería hablar a solas con él, verle, decirle que le explicase el exacto sentido de sus palabras. Y ya sin pensar lo más, salió rápidamente hacia el cabaret "Rosa de Plata".

\* \* \*

Preguntó a un camarero por Larry.

—Vive en el piso de arriba. Está allá ahora con unos amigos.

—Déjeme usted subir.

—¡Imposible!

—Tome usted.

La vista de un billete de diez dólares decidió al camarero a dejarla pasar por la escalera interior que comunicaba con el primer piso.

Ya en el piso avanzó por un corredor y sintió pasos. Ocultóse detrás de una puerta y vió que cruzaban por allí unos hombres, los mismos que habían estado hablando con Larry.

—El golpe será esta misma noche—decía uno.

—Larry está ya convencido. Asaltará la caja de caudales del Banco.

—Nos ha costado convencerlo.

Se encerraron en una habitación lateral, y Julia, apenadísima al convencerse del grave peligro

que corría su amigo, avanzó por el corredor. Empujó la puerta de otro gabinete y vió dentro de él arreglando un maletín y metiendo unas herramientas, al propio Larry.

Decidida a salvarle, entró en la estancia.



—El golpe será esta misma noche.

—¡Larry... Larry! ¿Qué vas a hacer?

Sobrecogióse extraordinariamente Larry al ver allí a la dependienta por la que él había decidido robar.

—Déjame! ¿A qué has venido?

—A salvarte. Sé lo que intentas. Vas a robar... y no lo quiero.

—Voy a robar por ti. Es la única manera de lograrte.

—No... no... Así no lo conseguirás nunca. Sé honrado, Larry.

—¿Y me lo dices tú que me empujas a robar?

—Te prometo que odio el dinero... y más cuando no se logra honradamente.

—Es ya tarde. Estoy comprometido con mis amigos.

Se oyeron pasos, y Julia, atemorizada, cerró la puerta por dentro. Llamaron a fuertes voces. Eran los cómplices de Larry.

—¡Eh, Larry, abre! Pero ¿con quién estás hablando?

—¡Déjame!—dijo Larry—. Quiero abrir. Me debo a mis amigos y ya no puedo volverme atrás.

—Es inútil lo que hagas. No saldrás.

Y rápidamente se dirigió al teléfono y sin que Larry pudiera evitarlo pidió comunicación con la jefatura de policía.

—¿Qué haces?

—¡Te salvo!

Forcejeó inútilmente con ella, pero no pudo impedir que Julia hablase así ante el aparato:

—Vengan en seguida. Intentan robar un Banco... Los encontrarán en la "Rosa de Plata".

—Loca! ¡Loca!

La puerta, empujada rudamente, cedió, y entraron los cómplices. Pero Julia, apoderándose de un revólver que había sobre la mesa y pertenecía a Larry, les amenazó a todos.

—¡Atrás! ¡Nada tenéis que hacer aquí!—les dijo.

—¡Miserable! ¿Quién es esa mujer?—dijo Joe, el jefe de la banda—. Nos ha traicionado. Tu amiga, ¿eh?

—La policía va a venir de un momento a otro. Estáis presos.



—¿Qué haces?

Pero Larry lanzóse sobre su amiga y forcejeó con ella para quitarle el arma.

Los cómplices, temerosos, aprovecharon aquel momento para escapar.

Durante la lucha, se disparó al revólver y Larry resultó ligeramente herido en un brazo.

Ella, horrorizada, dejó caer el revólver.

—¡Sangre! ¡Dios mío! Te he hecho daño... te he matado...

Larry repentinamente se echó a llorar. Parecía como si la vista de aquella sangre le hiciera experimentar horror al delito. Su faz se transfiguró y dijo:

—¡Oh, no... no! ¿Qué iba a hacer yo, Señor, qué iba a hacer? Es verdad... No robaré... ya no robaré. ¡Y yo quería conseguir tu cariño con el robo! ¡Qué locura!

—Larry...—le dijo emocionada—. Te juro que te quiero, pero quiero honradamente y sin ambición alguna. Me conformo con tu escasez... con tu pobreza...

Pero se oyeron pasos. Las voces de la policía llegaron hasta ellos.

—Ya no hay remedio para mí—dijo él con melancolía—. Vienen a detenerme.

—¡Mísera de mí! Yo he sido quien los mandó a buscar para que no pudieras robar de nuevo. Siempre tendría menos castigo un intento que un hecho consumado. Pero huye, huye... Tienes la ventana abierta

—No, Julia. Te prometo que acaba de operarse en mí como un milagro. Definitivamente seré otro hombre... si tú me quieres... Tus palabras acaban de ser para mí un inefable consuelo. Me quieres pobre. Entonces a serlo... y a ser honrado. Pero tengo una deuda con la justicia... No me he presentado al juez mensualmente como era mi obligación ni he residido en el pueblo que me señalaron. Tendré que pagar el año de libertad condicional, tan mal empleada por mí. Un

año de cárcel... y en paz... Y entonces cuando salga de la cárcel ¿me esperarás, amor mío?

—¡Te lo juro, Larry!... Dejaré a Brady, le pediré perdón... Mi alma sólo vibrará para ti.

Estaban estrechamente abrazados cuando llegó la policía...

—¿Usted era el que pretendía robar el Banco?—dijo el jefe.

—Nada de esto—respondió el muchacho con tranquilidad—. Deseo entregarme a la justicia por no haber cumplido las cláusulas de mi libertad condicional. Nada más.

—Así es. Yo misma avisé para ello—advirtió Julia.

—Pues en marcha... a presentarse al señor juez.

Se abrazaron por última vez, y Larry, con la tranquilidad del hombre que va a reparar su conciencia, salió con los guardias.

\*\*\*

Julia rompió con Brady, y solicitó su perdón por no quererle lo suficiente para casarse con él...

Brady sufrió mucho, pero poco a poco fué olvidando... Y Julia, cuando Larry cumplida su condena salió de la cárcel, se casó con él.

Larry había encontrado trabajo... y los dos, olvidando por entero su pasado, el pasado turbio de él, las locuras ambiciosas de ella, vivieron con la única ambición de acrecentar, si ello era posible, el tesoro inmarcesible de su amor.

FIN

Al éxito sin par de la edición popular, al precio de 1 pta., con el mismo texto de la edición primitiva, de la más emocionante de las novelas filmadas hasta la fecha

# EL GRAN DESFILE

por John Gilbert y Renée Adorée  
sigue el de

# DU BARRY, MUJER DE PASIÓN

por Norma Talmadge y Conrad Nagel  
y el otro acontecimiento

# LA VIUDA ALEGRE

por Mae Murray y John Gilbert  
ESTA SEMANA:

# Los ángeles del infierno

por Jean Harlowe, James Hall y Ben Lyon  
Una maravilla de Los Artistas Asociados

En edición popular a 1 peseta

¡NO DEJE DE ADQUIRIRLAS!

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caffos, 1

Típograffia - Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona